

*Donde menos se lo piensa, salta la liebre* –nos advierte un refrán popular español. No sólo sucede cuando uno sale de caza, y a caza de liebres. Bosque germánico natural –casi Urwald, sólo que de ideas– resulta el *Opus posthumum* de Kant. Los filósofos –no muchos, por no decir pocos– nos ponemos una o dos veces en la vida a leerlo; claro está que, ante todo y sobre todo, con el propósito de cazar ideas, algunas geniales, que al viejo Kant acudían a sus ochenta años. No menos geniales, por desenfadasas y pintorescas, son las cosas que Kant inserta entre severas sentencias y problemas filosóficos, ocurrencias desconcertantes que le venían al viejo. Dios sabe de dónde: lecturas, conversaciones... Lutero no aparece citado sino en un solo lugar; y ¿con esa breve frase, aludido, explicado? Sea de esto lo que fuere, el pretexto viene de perlas para decir algunas cosas que nunca está de más recordar.



Es difícil –al menos para mi– determinar el grado y matiz de la sorpresa y contentamiento que debió experimentar el primero que logró dar, en expresas palabras, esa clásica –e irreconocible ya por manoseada– definición del hombre: animal racional. Aquella otra de Protágoras: «el hombre es la medida de todas las cosas: de las que son, mide su ser»; de las que no son, su no ser resultaba ya en tiempos de Sócrates demasiado claramente demagógica, adúlona y pretenciosa. Y no ha quedado

definición modelo. digna de constar en los manuales de lógica, hasta nuestros días. De la de *animal racional* no diré que guarde su prestigio; conserva, eso sí, su mercado escolar.

Pero tal definición es ambigua; lo cual se presta aun a lucirse dándole varios sentidos, no corrientes o enmanualizados. Animal racional: en eso de racional se incluye de vez, como en acorde biensonante, razón racionante con razones empalabradas. No obstante esta ulterior precisión, todavía queda demasiado cerca de la ortodoxia catecismera de los manuales. La heterodoxia comenzará si decimos –y es realmente así– que el hombre es el animal capaz de hacer animaladas, inventar absurdos y decir palabrotas; y, por secuela ya sacada, enseñarlas a decir a los Toritos y a los extranjeros.

Lo peor no es esto. Por una lógica no formal o simbólica, sino real y viviente, créese el hombre que, por ser racional, puede y debe y tiene que dar razones de todo; y por una ulterior secuela, casi siempre implícitamente sacada, el hombre tiene siempre razón y tiene razones para todo. O aquello de «todo lo real es racional y todo lo racional es real», lo cual viene a repetir en el siglo pasado (XIX, n.e.) y por boca de Hegel, lo que dijera Protágoras: el hombre es la *medida* de todas las cosas, unido a lo de Aristóteles: el hombre es *racional*.

Lo malo no termina aquí: aunque el mal que a continuación se delata no siempre lo parezca, y a veces no lo sea, el hombre puede, debe y tiene que poner en palabras –las más expresas, claras, distintas y articuladas– las razones y sus razones de todas las cosas. *El hombre puede, debe y tiene que hablar*. El Estado y la Iglesia se encargan de que ejercitemos ese poder y deber; y, si es preciso, nos harán *cantar*.

Si el hombre fuera animal con oídos, no a servicio de la razón, si no a servicio del sentimiento, aparte, claro está, de sus funciones vitales, el hombre resultara animal musical. Y la ciencia típicamente humana fuera la música, no la lógica y la metafísica. Y de Dios hablara entonces mejor Bach que Tomás de Aquino; y Beethoven interpretara el *Credo* mejor que todos los teólogos juntos.

Eso de *hablar mejor* es eufemismo. Primero, porque hemos supuesto que lengua y oídos no serían ya órganos de la razón y lugar de aparición de razones. Tomás de Aquino fuera realmente «buey mudo»; y, refiriéndonos al histórico, no es descalificarlo demasiado el suponer que ni por casualidad hubiera podido ser un Bach, o para no pecar, sin necesidad, de ana-

cronismo, un Guido de Arezzo o un Perotinus. Segundo, y es más decisivo este punto, aun ahora que, por un historial, o fasto histórico, lengua y oídos han llegado a ser órganos de la razón, y por ello la palabra hablada y oída ha ascendido al rango de apofántica –quiero decir: traduciendo el término aristotélico, a lugar de aparición de las ideas de todas las cosas–, sólo por una decisión, multiseccularmente tomada por el tipo de mediterráneos –habladores, locuaces y parlanchines–, suponemos que de las cosas se da mejor expresión en letras que en música, y que de Dios habla mejor y propiamente Tomás y no Bach; y que una *Summa theologica* vale más, manifiestamente, que un coral o una fuga de Bach; y que quien cree en las palabras del *Credo in unum Deum* cree, real, verdadera y meritoriamente, mas quien cree en la música de la *Missa solemnis* no cree ni real, ni verdadera ni meritoriamente; en un caso, la música es acompañamiento meritoriamente insignificante ante Dios; en la segunda, las palabras del *Credo* serían lo insignificante y no meritorio de suyo ante Dios. Ante Dios digo: no ante la Iglesia, montada como está sobre hombres definidos como animales racionales y parlantes, creyentes y confesantes, y sobre una Biblia interpretada y tomada como Biblia de *palabras*.

Todo esto no tiene ahora decisiva importancia. Jesús no pudo ir en avión, porque, me da vergüenza decirlo, no los había; y no pudo comunicarnos su misión y buenas nuevas en corales, fugas, sinfonías... ni en canto «gregoriano», porque no los había. La Pasión, según el evangelio de San Mateo, se dijo en palabras; San Mateo no era un Bach, y no estaban aún los tiempos para eso. Pero que ahora que ha venido al mundo Bach y puso tales palabras en música, determinar qué es lo más importante para el creyente actual: creer a la letra –y tomar por acompañamiento la música–, o creer a la música –y que las palabras pasen a fondo insignificante–, es cuestión de principio, de inicial decisión.

No hay por qué llevarse las manos a la cabeza. La cuestión no es racionalmente decisible. Las razones que demos, las clamamos en palabras, y con una razón entregada desde milenios a lengua y oídos.

Afirmemos, pues –y es inevitable, por ser hecho histórico que aquí lo hagamos en palabras–: quien cree a la música de *Credo* de la *Missa solemnis*, o de otra de las buenas, y no se preocupa de las palabras, menos aún de las interpretaciones eclesásticas, cree tan real, verdadera y meritoriamente como

quien cree, y así hemos comenzado tantos y tantos, en la letra del *Credo*, y toma la música por religiosamente indiferente acompañamiento.

Para el músico genial, aunque sea creyente cual Bach, Mozart, Beethoven, la letra es, realmente, un puro pretexto; no la toman en serio; y así lo hacen sin decirlo ni plantearse tal problema; si tomaran en serio la letra se harían teólogos o predicadores, y no nos distraerían, ni se distraerían ellos, con la música del *Credo*. Así lo predicó San Agustín.

Por todo esto el músico genial trata la letra sin grandes consideraciones; tan pocas que la Iglesia misma, en accesos de fe en las palabras, ha prohibido ejecutar en las iglesias la *Missa solennis*.

*Doctor al órgano*, sería, al parecer, la mejor definición de Bach. Kant la da de Lutero. Así parece; aunque entre esa frase y el nombre de Lutero los editores pongan un guión. Ellos sabrán por qué.

La verdad pudiera ser que Lutero fuera el «doctor de la iglesia al órgano». El cristianismo ha tenido sus doctores titulados: doctor seraphicus, doctor angelicus, doctor subtilis... Sería Lutero el *doctor musicus*? Que Lutero habló y despotricó, que nada tenía de aquello de «buey mudo», apodo de Santo Tomás, sino de toro bramador, en un alemán bronco, erizado de interjecciones, condimentado con lengua popular, picante en especias y vapores de sobremesa, de aquellos pantagruélicos tiempos, explosivo en insultos, injurias y amenazas –todo ello dicho al pueblo en su lenguaje diario, preacadémico–, nos hará dudar de si, realmente, Lutero es el *doctor al órgano*, el *doctor musicus*.

Lo es, corre a mi cuenta la afirmación, y me daría por feliz si me constara que Kant coincidía con ella. Dejemos piadosamente esos órganos con ese registro llamado de voz humana, y hablemos de los normales y modelos. ¿Qué es lo que hace un doctor de la iglesia sentado al órgano y de organista? Claro está que no va a poner delante, cual partitura, una fuga de Bach con su preludio. EL doctor de la Iglesia, puesto a organista, tiene ante la mente por partitura la *Palabra divina*.

El órgano se toca con pies y manos, en manuales, pedal y registros. Y no dan abasto pies y manos. El gran organista, como nuestros pianistas notables, toca de memoria, haciéndose, a veces, de los que miran traspuestos una partitura celestial, sólo visible para ellos, inspiradora inmediata de ese maravilloso y extraño juego de gestos que se traen sus pies y sus manos. La

partitura presente o imaginada no es de palabras. Las palabras no se *tocan*. Eso lo hacen ciertas máquinas de escribir. Para el compositor las palabras, sean o no divinas, resultan pretexto puro. Si no les inspiran temas musicales, la inspiración divina de la letra que se la guarden los teólogos; y si el músico es creyente, cree en ella por obligación de conciencia; no como en la música; por vocación. Y ¡hay que ver cómo tratan la letra los teólogos! *Criterios* de inspiración divina, ante todo, de una obra empalabrada; precedidos de *criterios* filosóficos para saber que es ¡nada menos y propiamente! Dios quien habla; *criterios* para discernir lo que el hombre como oráculo de Dios dice, y lo que introduce de suyo –individuo, raza, época histórica...– criterios para decidir si el texto es auténtico, etc., etc. Total: palabras sobre palabras, Frente a tal texto auténtico, nada de inspiración privada, del lector; nada de libertades, sólo glosas, glosas y glosas.

Dios habría inspirado la Biblia, dicho desde nuestro ángulo de enfoque, con la condición de «mírame y no me toques». Eso de *toques* adquiere ahora nuevo sentido. Léeme, y no me toques al órgano. Nada de inspirarse en la Biblia para tocar otra cosa con pies y manos. Nada de eso: leer la Biblia para repetirla fiel y reverentemente.

Dios *inspiró* la Biblia para que nos *inspiremos* en ella. Y los escritores sagrados, inspirados por Dios, escribieron lo que escribieron para que nos *inspiráramos* nosotros en ellos. Suponer que un texto inspirado fue inspirado para ser repetido, es un prejuicio, algo que tiene que ser discutido, pues es principio de principio. Ser inspirador de inspirados es, evidentemente, algo muchísimo mejor y mayor que ser inspirador de repetidores. Eso no es inspirar sino soplar. E inspirarnos en la Biblia para pintar, filosofar, componer una fuga, un coral, un poema sinfónico... es, al menos, acto de acatamiento tan digno de hacerse a Dios, como inspirar la Biblia para que se la crea, se la confiese o se la comente cual lo hacen los teólogos, o se la administre como lo hace la Iglesia. La inspiración para estos fines pudo tener, y tuvo, sentido exclusivo, hasta que no se inspiraron en ella pintores, escultores, músicos, literatos, capaces de sentirse ellos –literatos, pintores, escultores, músicos...– inspirados para lo suyo, por ella: por la Biblia.

Que uno lea la Biblia para honrar a Dios creyendo que tales son sus palabras, y creyéndolo con mérito es, sin duda, una de las maneras de leerla, y aun uno de los modos de honrar

a Dios como *Palabra, o Verbum*. Pero no es menos honra para Dios leer la Biblia para inspirarse poéticamente, y entonces poder honrar a Dios como *El Poeta*; y en tal caso las obras literarias inspiradas por *El Poeta* han de resultar tan gratas y honrosas para Dios como un tratado bueno de teología. O ¿es que pensamos que Dios no estima ni sabe apreciar pintura, poesía, escultura, música...: que ser gran pintor, escultor, músico, poeta... no puede ser, en cuanto tal, mérito de vida eterna ante Dios? No pasa de ser un prejuicio el pensar que sólo son ante Dios méritos de vida eterna las virtudes morales o religiosas –ayunos, abstinencias, castidad, obediencia, votos, ir a misa, confesar y comulgar... Poca honra haríamos a Dios con tal suposición y restricción, comenzando por ignorar que mucho de esto lo practica la mayoría de prisa y corriendo, y se vuelven buenos a la hora de la muerte recibiendo, de prisa y corriendo, sumaria y resumidamente, ciertos sacramentos.

¿Por qué ha de ser para Tomás de Aquino mérito de vida eterna la *Summa theologica* y no serlo para el Dante la *Divina Comedia*, en cuanto obra de arte? Y ¿por qué la *Missa solemnis* no ha de ser mérito de vida eterna –la *música* de la *Missa*–, y lo ha de ser una misa bien celebrada por un X? Y conste que no me refiero a Beethoven, en cuanto creyente. Tratárase de una obra musical de Shostakovicz, que nada tiene de devoto, y afirmar que, ante un Dios con buen gusto musical, serán tales obras méritos de vida eterna, y que la obra misma diera a Dios mayor placer y honor que tantas y tantas obras de misericordia de dudoso valor humano, y tantas y tantas ceremonias religiosas de bien dudoso gusto estético.

Que ante un Dios, Gran Músico, el ateísmo de Shostakovicz sea «peccatum minutum», pecado venial –venial y perdonado ya–, es cosa que sublevará tal vez a teólogos y moralistas, que no conciben a Dios sino como «Dios de la Moral» y «Dios de la Religión» –Juez, Verdugo, Premiador, Salvador, Santificador, Padre. Pero si los frescos de la Capilla Sixtina no son, en cuanto obra de arte, méritos de vida eterna, no veo por qué están allá todavía. Y si haberlos pintado no bastó a Miguel Ángel para ir al cielo –fuera lo que fuese su conducta moral y religiosa–, no creo fue le agrade mucho haberse salvado por obras de fe y moral, y no por las de su arte.

*Doctor al órgano.*

Que todo esto es «música celestial», o «fuga» de temas serios –o desafinos ideológicos horribles, insufribles y deliran-

tes–, lo doy por dicho ya por teólogos y moralistas. Mas que poetas, pintores, músicos... aprobaran eso de concebir a Dios, en vez de Ser supremo, *Esse subsistens*, Creador de Cielos y Tierra... como Dios de las Artes, como el Poeta, el Músico, el Pintor... y esotro, conexo, de tomar sus palabras como fuente de inspiración poética, pictórica, musical.. y lo que las palabras de la Biblia dan a los teólogos y moralistas dársele como *se da al César lo que es del César*. sería para mí un consuelo, porque lo máximo que los filósofos sabemos decir de Dios es que es Ser, Idea, Espíritu absoluto, Existencia subsistente.

*Doctor al órgano.*

Nada de filósofos al órgano.

De lo aquí dicho, algo es genuinamente luterano; algo más, herético, para todos: luteranos o no. Bastante, ganas de fastidiar y de *épater le bon bourgeois*, dirán teólogos y moralistas.

¿Todo por haberse puesto a tocar el órgano, en vez de pulsar el *organum aristotelicum*?

Pudiera ser.



Lo escribo después de haber oído una fuga de Bach, y de qué portentosa manera ejecutada al órgano en la maravillosa y nunca bien ponderada capilla gótica del King's College –capilla de «herejes», música de «hereje».

Dios creó a Bach no para que fuera o católico o protestante –y eligiendo bien se salvara, y, mal, se condenara–, sino para que fuera eso: BACH, y para que creyendo en ese tipo suyo de «theología ex auditu», y no, obligatoriamente ya, en la «theología ex verbo» nos salváramos por la música tantos y tantos de los que estamos condenados al infierno, o próximos a estarlo.

*Doctor al órgano:* Bach, luterano de Lutero. Por tanto, Lutero.

Y Kant tenía razón.